

MI LIBRO FAVORITO

La publicación, en 1944, del libro «Hijos de la ira» fue tal vez el suceso trascendental de la posguerra poética española. Su autor, Dámaso Alonso, recuperaba en las estremecidas páginas de aquella obra el tamaño literario de su generación, la del 27, al tiempo que ofrecía el texto más influyente en la lírica de esos años

oscuros. José Agustín Goytisolo, uno de los poetas clave de la generación del 50, habla en este artículo del tremendo grito de alerta que supuso «Hijos de la ira», de su eco entre los poetas de todo signo político y artístico y de su autor, el ex presidente de la Real Academia de la Lengua Española.

Hijos de la ira

José Agustín Goytisolo

CUANDO en el desastrado y espirituoso ambiente cultural de la postguerra civil aparecieron, en el mismo año 1944, dos libros de Dámaso Alonso, *Oscura noticia* e *Hijos de la ira*, más de un lector de poesía sintió un temblor de gozo, un escalofrío de esperanza y de asombro. *Damasico*, como le llamaba cariñosamente *Aleixandre*, el afable, bajito y sonriente escritor e investigador, con tanto miedo en el cuerpo como el que más —siempre creía y repetía que si las cosas se torcían otra vez, podrían fusilarle como a *García Lorca*—, se había atrevido a romper el coro desafinado de los poetas falangistas y el orfeón imperial y cafetero de los poetas celestiales.

Sus hijos de la ira, sus poemas, además de continuar la interrumpida línea de la poesía del grupo poético del 27, al que él pertenecía, despertaron el deseo de escribir sobre el hombre, y su condición en aquel mundo, en poetas como *Blas de Otero*, *José Hierro*, *Gabriel Celaya* o *Carlos Bousoño*, a caballo este último entre Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, que acababa también de publicar, el mismo 1944, su excepcional *Sombra del Paraíso*, su paraíso malagueño perdido.

Con claros y perennes componentes —angustia, patetismo, miedo, esperanza y desesperación y, sobre todo, con mucho amor— la maestría de Dámaso Alonso logró que el lector sintiera e hiciese suyos los contenidos y denuncias de aquellos hijos de la ira. Desde la interrogación, sin respuesta divina, que es «*Insomio*», hasta el esperanzado final de «*Las alas*», que expresa el deseo del poeta de remontarse y dejar la general corrupción, el lector recorre un largo, terrible y hermoso retablo de maravilla y muerte, de ternura y de desolación.

Para Dámaso Alonso el alma era lo mismo que una ranita verde, sentada junto a un río caudaloso y temerosa de una inminente crecida, y que no tiene otra opción que esperar salvarse o perderse entre las aguas; es, también, como el perro que gime por su amo muerto, pero al que nadie oye en su absoluta soledad; es esa mujer con alcuza que avanza por las aceras de una ciudad desconocida, arrastrando sus viejos zapatos, entre zanjas abiertas a uno y otro lado, siempre sola, bordeada por la vida y por la nada. Como es lógico, describir sentimientos de este tipo y declarar que Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres, era adoptar



Hijos de la ira. Dámaso Alonso. Noguer. Barcelona, 1975. / Espasa Calpe. Madrid, 1986. / Castalia. Madrid, 1988.

una actitud insólita y provocar reacciones en cadena en contra de una literatura evasiva y hueca.

PERO Dámaso Alonso, después de cometido el atentado, regresó a sus cuarteles, a sus trabajos de filólogo, crítico y antólogo: su antigua pasión por Góngora, por la poesía barroca, por Gil Vicente, Medrano o Juan de la

Cruz, siguió ocupando sus días y sus horas.

Me aparto ahora de su obra y de sus trabajos y paso a hablar del hombre, del ciudadano Dámaso Alonso. Vivía y siguió viviendo en el barrio madrileño de Chamartín de la Rosa, en una calle que fue llamada Travesía del Zarzal, y luego Avenida de la Luz, si mal no recuerdo, que hoy se ha convertido en la calle de Alberto Alcocer; ya nadie puede hoy reconocer allí el que antes fue llamado

«barrio de las cuarenta fanejas». Para ir o volver de su casa al centro, él, su mujer y sus amigos visitantes solían emplear el tranvía 14. La casa era un pequeño chalet de planta y piso, rodeado de un bonito jardín.

Dámaso Alonso no recibía, como Vicente Aleixandre en Velintonia; se le iba a ver, si accedía, para tratar de un tema concreto, una consulta, por ejemplo, o una determinada información, aunque después la

conversación tomase otros derroteros. Se estaba bien en su compañía, su conversación era amena y el visitante se sentía individualizado, no uno más de una enorme serie o nómina de aspirantes a escritor.

No volvió a publicar poesía hasta *Hombre y Dios*, en 1956, pero su labor no cesaba. Publicó, entre otros trabajos, *De los siglos oscuros al siglo de oro*, *Poesía española, ensayo de métodos y límites estadísticos*, y otros títulos que ahorro al lector repetir aquí, pues se pueden encontrar en su extensa bibliografía, en cualquiera de las muchas publicaciones que existen sobre su obra.

En 1968 sucedió a Ramón Menéndez Pidal en la presidencia de la Real Academia, con lo que redobró su trabajo, como un forzado y con el entusiasmo de un joven investigador. Entre tanto, se le podía seguir viendo en su casa, siempre al lado de Eulalia Galvarriato, su mujer, y en actos oficiales o en otros no tan oficiales, como por ejemplo en el llamado Congreso de Poesía de Formentor, en el que él, como casi todos los que allí estábamos, se desmandó un poquito y algo más a causa del alcohol y del festivo ambiente; y he escrito casi todos, pues mi recuerdo exceptúa del jolgorio a Gerardo Diego, a Luis Felipe Vivanco y a Vicente Aleixandre.

En 1975, cuando notó que su salud no le permitía excesivo trabajo, dimitió como presidente de la Real Academia y se retiró a su casa, pero continuó escribiendo, aunque más pausadamente y como atrincherado frente al crecimiento de la capital. Madrid, que ha pasado de ser aquella ciudad de más de un millón de cadáveres a una metrópoli que rebasa los tres millones de pacientes, fue envolviendo poco a poco la casa de Dámaso Alonso. Su chalet ha quedado rodeado, en el interior de una manzana, por altos desastres arquitectónicos de más de diez plantas.

Recientemente, el propietario del único terreno sin edificar que envuelve la casa, y por el que discurre el camino que lleva a ella, vendió a una empresa de publicidad el derecho a la colocación de unas grandes vallas anunciantes: era el encierro total. Y me cuentan unos amigos, que viven cerca de allí, que los empleados que estaban montando los altísimos paneles publicitarios, vieron a un señor atildado, bajito y calvo, que gritaba, dentro del jardín cerrado y vuelto hacia la casa: «¡Eulalia, mujer, ven! ¡Están tapándolo todo, todo! ¡Qué suerte, ya no veremos nada, nada, nada!»

CULTURAS

SUPLEMENTO DE ARTE Y LETRAS. TODOS LOS SABADOS